



Fábula
de las calles de humo

José Manuel García López

El mundo de
NARRATIVA
de la literatura

Narrativa

tiempo dejaste de tener fuerzas incluso para reprocharme mi vagancia, y ya no digamos para gritarme. Ahora era yo el que administraba el dinero de tu pensión de viudedad y la ayuda complementaria que percibías por invalidez. Cualquier cosa valía con tal de no ponerme a trabajar. Es que desde pequeño nunca me gustó ganarme las cosas por mí mismo. Como cuando le pedí a la prima Sara que me diera alguna de aquellas medallas tan bonitas que había ganado en los campeonatos de natación. «Las medallas hay que ganárselas. No es algo que se pueda regalar», me dijo. Yo, desde entonces, le tuve un odio infinito. Pensión, ayuda complementaria..., era generoso papá Estado

con una mujer que no había trabajado en su vida, tan generoso como puedo serlo yo al lavarte las vergüenzas y al poner en la lavadora tus bragas manchadas, las bragas de mi propia madre.

II

—En fin, hay que tener paciencia y rezar mucho al Señor.

—*Eso digho eu, que Nuestro Señor dea pacencia.*

—Me parece que vuestro Señor se ha quedado sordo.

Estela y Dina se quedaron calladas. Se las notaba tensas, con las piernas adheridas a la alfombra descuidada en la que se veían, como islotes de sordidez, varias colillas que ni siquiera te habías dignado a recoger —cosa

rara, pues apenas fumabas, uno de los pocos vicios que habías logrado controlar—. Te estremeció su mirada alucinada que a nada miraba, idéntica en ambas, como si fuesen la misma persona escindida en dos identidades: una gallego-parlante, mejor dicho, *castrapeira* que mezclaba las dos lenguas en una deformación risible, y otra que se esforzaba por hablar siempre en castellano, un castellano incorrectísimo sembrado, por un lado, de galleguismos, de intrusos de provenientes de otra lengua, y por otro de palabras castellanísimas pero que su garganta sonaban deformadas por la ignorancia.

No me digas que no pensaste «sucias piltrafas humanas, fuera de mi casa. ¿Cómo

os atrevéis a perturbar la tranquilidad de mi hogar con vuestra visita bianual?». Las palabras pesadas que lastraban tu mente se intuían en tus ojos dominados por el color rojo de la furia, pero ellas no querían mirarte a los ojos y siempre tenían la vista fija en el suelo, humillándose en un gesto aprendido en una educación bárbara de hambre y palos.

Torciste la cabeza, Alberto, y observaste los vasos de jerez vacíos que descansaban sobre la mesa, como cansados, incapaces de alzarse de nuevo para ser llenados por el líquido de una botella de etiqueta descolorida y salpicada de puntos marrones sólidos como el acero, adheridos tras años de escondite en lo más recóndito de un triste mueble bar